

nunca y más furiosa que la habíamos visto en el buque.

— ¡Qué horrible batalla!... ¡Sáquenme fuera de aquí, porque me ahogo!



— Vuestra Majestad quedó satisfecha de la entrevista, eso se ve en el aspecto de triunfo que trae en el semblante, exclamó cortesano el de Alcázar.

— ¿Y quién dispuso que me llevaran la bebida? No me supo á naranja, sino á rejalgar. Todavía tengo aquí el sabor de esa inmundicia...

— Señora, yo...

— ¿Y usted vió prepararla?

— Sí, señora; sólo tenía dos naranjas mandarinas y un poco de crémor tártaro; lo que dispuso el médico.

— En el crémor estuvo el mal; en vez de crémor pueden haber puesto cualesquiera otros polvillos blancos... No sería el primer caso en la corte de Francia.

— Vuestra Majestad cree...

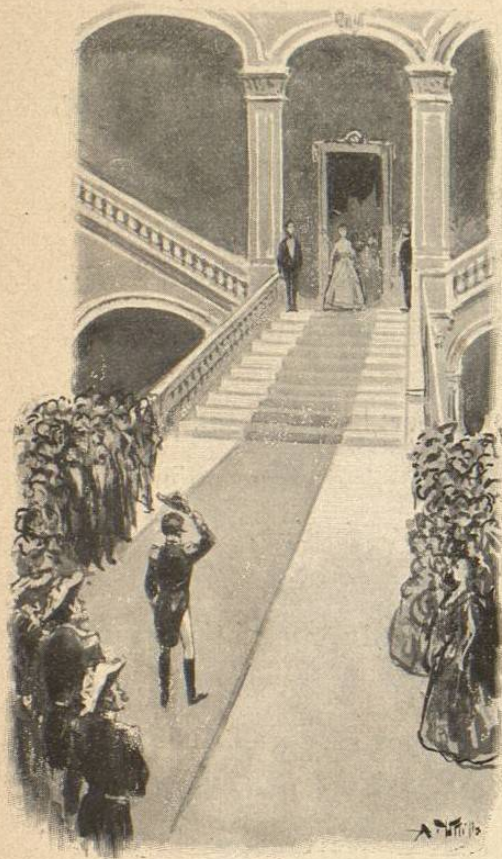
— Yo no creo ni dejo de creer: lo que importa es tomar algo que me haga arrojar esto... Es una sensación horrible de amargura, de escozor, de no sé qué...

— La bilis, señora.

— ¡Qué bilis ni qué niño muerto! contestó Carlota displicente.

Los que se la echan de agudos aseguran que habían notado las chifladuras de la Emperatriz desde la salida de México; yo confieso que no eché de ver tal cosa sino hasta el día que pasó lo que vengo relatando; y no porque las frases de Carlota fueran tan extraordinarias que llamaran la atención, sino porque le vi danzar en los ojos una lucecilla verdosa, amarillenta, saltarina é indecisa que comunicaba al semblante de la Señora una expresión singular. Mas esto lo recuerdo teniendo en cuenta lo que

aconteció después, que si no hubiera pasado, de seguro se habría confundido con las innumerables impresiones de aquellos días.



Pasó Carlota más de una semana visitando y recibiendo visitas de ministros, oyendo proposiciones de banqueros y haciendo á su vez propuestas más ó menos aceptables, agasajando y recibiendo agasajos de los diputados más famosos y que más podían influir en la suerte de México: en fin, tratando de sacar á flote con maña femenil el encallado bajel mexicano que los esfuerzos de tanto político de allende y de aquende

sólo conseguían hundir y embarrancar cada vez más.

Cuando estaba en casa, la Emperatriz escribía sin cesar cartas y telegramas, hacía cuentas, consultaba papeles y meditaba largamente sin sentirse al parecer debilitada ni desfallecida. Un día nos avisó que todos debíamos

estar á punto de las cuatro de la tarde, pues el Emperador honraría con su visita el Grand Hotel. El inmenso edificio estuvo en expectación desde muy temprano, y al llegar Napoleón fué recibido por la concurrencia que llenaba desde las habitaciones baratas en que se hospeda Juan Particular, hasta los lujosísimos cuartos en que sólo se alojan soberanos que van de incógnito ó que por circunstancias especiales quieren tener un apeadero en la capital. Los Emperadores se encerraron en la habitación de Carlota, y ya serían dadas las ocho, cuando Napoleón salió en medio de muchas ceremonias nuestras y de muchas sombreradas de la servidumbre.

No habría acabado Su Majestad francesa de bajar la escalera, cuando en la pieza de la Emperatriz sonó el timbre tan furiosa y prolongadamente que á todos nos puso en alarma. Penetré la primera en el aposento y me encontré á la Emperatriz sofocada, nerviosa, llena de agitación y sobresalto: la lucecilla, la cárdena y fatal lucecilla, seguía danzando en los ojos de la Señora; pero lejos de imprimirle el aspecto cínico, desvergonzado y duro que la había visto la primera vez, la volvía tierna, dulce y amable como nadie la miró en México.

— Señora Jecker, me dijo de pie en medio del cuarto, deme usted agua, tila, cognac, cualquier cosa que me alivie de esta horrible opresión... ¡Jesús, qué rato tan espantoso!...

Bebió á grandes sorbos un poco de cognac, se echó en un sillón y exclamó con furia:

— ¡Qué viacrucis tan cruento, qué serie de villanías y de infamias tan grande!... ¡Canalla! ¡Cómo olvidaba que era este el mismo hipócrita que no perdona que mi abuelo le haya tenido preso en Ham!... Yo pago no la entereza (ojalá que el rey Luis Felipe la hubiera tenido) sino la buena suerte á que él debió ocupar por algunos años el trono que este bellaco considera como cosa propia... ¡Me engaña, me engaña con su labia y con su falsedad, y con su política y con su mentida razón de Estado!... Que nada puede hacer, que han concluído sus compromisos; que debe á las Cámaras y á su país cuenta estrecha de sus actos; que no quiere estar desapercibido á la hora de una guerra que prevé... Y no recuerda el tratado de Miramar; y se atreve á calificar de inhábil al Emperador y habla de abdicación... ¡Bellaco! ¡Cree que mi marido está modelado á su imagen y semejanza; se figura que puede un Hapsburgo abandonar su puesto á la hora del peligro; piensa que nada influye en un hidalgo el temor de que le tilden de cobarde, de infame, de traidor!... Pero no; el Emperador no volverá la espalda al peligro; no abandonará jamás el puesto que le toca por derecho de nacimiento y por derecho de sufragio; no desertará nunca; morirá, y morirá en su puesto, y con él moriré yo, y moriremos todos los leales, todos los buenos, todos los honrados!...

— ¡Señora! interrumpí, cálmese Vuestra Majestad...

— ¡Ah! ¡Emperador infame, Emperador cruel, Emperador que destilas traición y lodo!... ¡Tú has hecho en contra nuestra más que todos nuestros enemigos reunidos; más que Labastida, más que Munguía, más que Juárez!... ¡Encarnación de la maldad, genio del crimen, personificación del engaño y de la perfidia, te maldigo por mis prerrogativas de soberana, te maldigo con mis amores de esposa, te maldigo con mi derecho de hija de la casa de Orleans, injustamente lanzada por ti al destierro y á la muerte!...

Luego, cogiéndome las manos, me las empezó á besar bañándomelas de lágrimas al mismo tiempo.

— ¡Sire! me decía, figurándose quizás que tenía al Emperador ante sus ojos... Perdonadme mi exaltación; vos sois bueno y se dice que nadie ha acudido á vos en demanda de una cosa justa, que no saliera favorablemente despachado... ¡Sire, Sire, tened piedad de un condenado á muerte, tened piedad de una pobre mujer que se siente enloquecida ante vuestra inflexibilidad!... ¿Que no está condenado á muerte mi marido? Sabed que Juárez habla siempre y como cosa segura del espectáculo de sangre que se dará tan pronto como los franceses se retiren; sabed que los partidos americanos son rencorosos y no perdonan; sabed, en fin, que he visto la linda cabeza de mi Max segada por la cuchilla, congestionada por la cuerda,

agujereada por las balas... ¡Piedad, señor, piedad para nosotros, piedad para quienes os han servido como leales y que no son sino obra vuestra!... ¡Un año más y la monarquía se consolidará; un año más y podremos salir sin mengua de un país á que hemos sido llamados con voces de auxilio y con gestos de desesperación!... ¡Un año más, Sire!

Lloraba yo mirando la angustia de la pobre mujer, y conociendo que su razón pasaba por un eclipse tremendo, evitaba responderle temerosa de confirmarla en su locura ó de causarle algún mal mayor que el que sufría.

— ¡Sire! seguía balbuceando mientras bañaba de lágrimas mis manos; ¡Sire! ¡compadecedme, compadecednos!...

Siguió llorando así, puesta de rodillas junto á mí; y creyendo que la crisis iba pasando y que podía avanzar algún consuelo, le dije cariñosamente:

— ¡Señora! cálmese Vuestra Majestad... ¡Por Dios que se calme, que el mal tiene remedio!...

Entonces se levantó como impulsada por un resorte; su elevada estatura se había crecido al erguirse; el cabello sedoso y profuso que se había esparcido por la garganta y los hombros, parecía un manto de duelo; el negro traje, en que brillaba apenas una joya con el retrato del Emperador, la hacía aparecer más esbelta y más aérea; los ojos giraban de una parte á otra dilatados, fuera de las órbi-

tas, tocados de locura y desesperación. Rechazó mis manos y exclamó en voz descompuesta, pero trágica y sublime:

— ¡Qué hablo de compasión? ¡Si nunca la habéis tenido; si nos tomasteis como maniqués, como instrumentos de vuestra ambición de filibustero de tronos!... ¡Miserable! ¡Tenedlo entendido de una vez: pereceremos, pero vos nos seguiréis de cerca en el camino de la vergüenza y del desastre!... Ya veo vuestro imperio despedazado, vuestras ciudades entregadas á las llamas, vuestros campos talados, el trono que habéis usurpado, roto y por el suelo... ¡Y yo me regocijaré de ello, porque veré que hay en el mundo justicia, un destello de la justicia divina, de la que destruye, de la que aplasta, de la que mata!... Sabedlo, sí; vuestro hijo no reinará, porque si reinara no existiría Dios, y vos pagaréis con las setenas vuestro crimen de haber mandado á la desesperación y á la muerte á dos infelices que no han tenido más culpa que creer en vos! ..

La Emperatriz cayó entonces en un paroxismo, quedando un buen espacio sin habla ni movimiento. Cuando acudieron las demás gentes de la comitiva y el doctor le aplicó antiespasmódicos, empezó á discurrir con algún concierto; mas predominando en sus frases la principal, la sola preocupación que la dominaba: « ¡Ni un franco ni un hombre... ni un franco ni un hombre!... ¡Morirá Max y yo moriré con él! »

La Emperatriz permaneció en cama por tres días más, y el cuarto, á pesar de las representaciones del médico, se levantó y anunció su propósito de marchar á Roma.

— Es mi deber; no me perdonaría nunca una falta á lo que le he prometido á mi esposo; y si el Padre Santo no me recibe, ó me recibe con frialdad, ó no consiente en el arreglo de la cuestión mexicana, culpa suya será si nosotros tomamos cualquier providencia que le disguste... Lo prometí al Emperador y he de apurar el cáliz hasta las heces.

